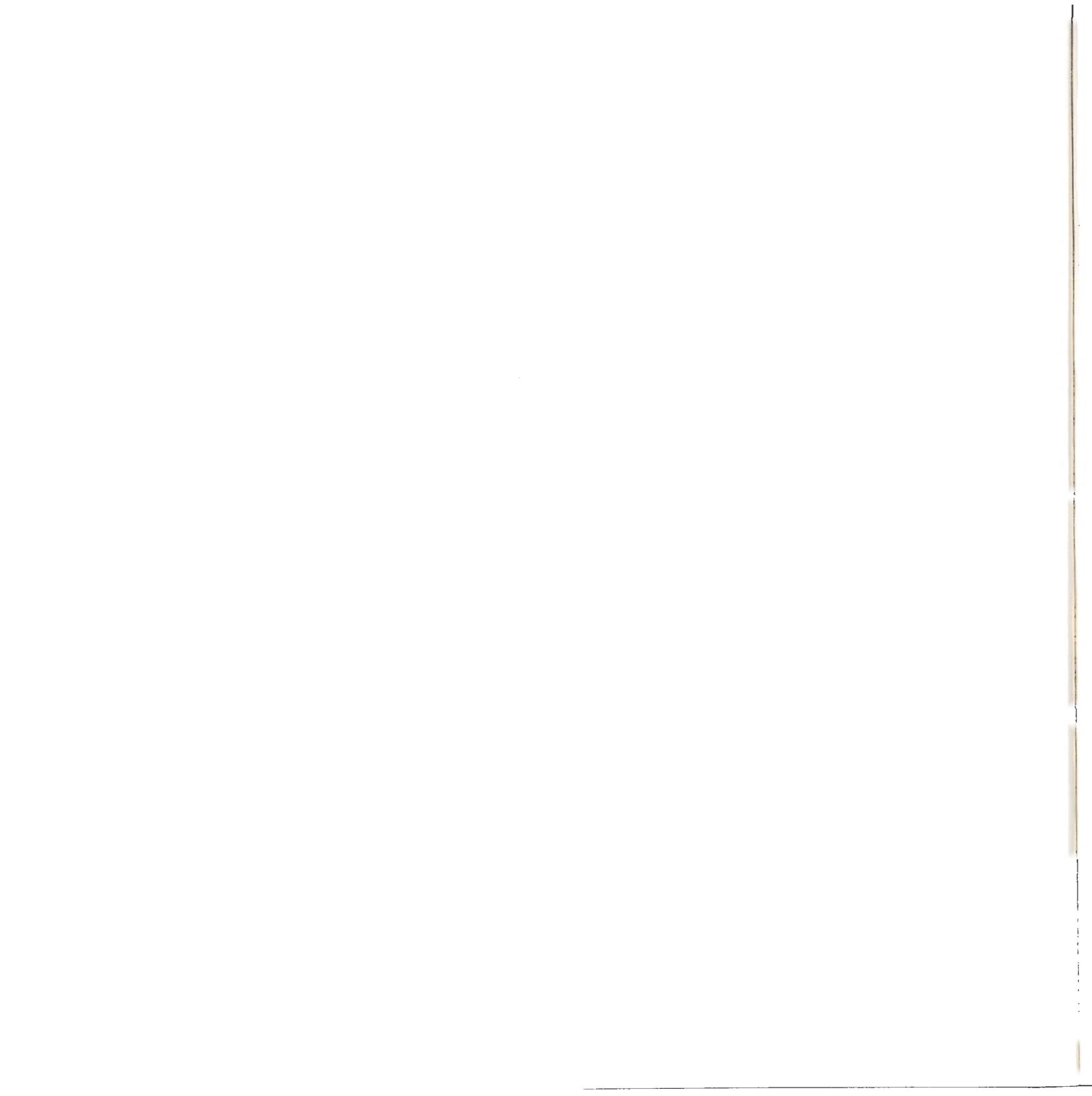


Ángel de la Hoz Santander hace medio siglo.





Santander hace medio siglo.

© de esta edición: ZOOMCREA. www.fotografiazoom.com

© Fotografías: Ángel de la Hoz Fernández-Baldor.

© Textos: Benito Madariaga de la Campa, M^a del Carmen
González Echegaray, Ángel de la Hoz.

Diseño y realización: Creática ediciones.

Depósito legal: SA-747-2004

ISBN: 84-95210-17-7

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier sistema sin permiso
previo por escrito del editor.

Santander

Hace medio siglo

Ángel de la Hoz

ZOOMCREA

Las cosas que fueron presente y son ahora pasado.

No es éste únicamente un libro de fotografías de Santander realizadas por un buen artista de aquel momento. Podemos decir que es, además, un viaje retrospectivo a través de la imagen. Los puntos fotográficos que van a continuación corresponden a la década de los cincuenta en unos momentos cruciales de la historiografía de la ciudad. Ya habían casi desaparecido para entonces las cicatrices del terrible incendio de 1941 que destruyó su parte central y los vestigios comerciales del siglo anterior, con gran parte de sus recuerdos. Con ser mucho lo que se perdió, tuvimos la suerte de que el fuego respetó lugares y edificios emblemáticos que la permitieron conservar su identidad. Y, sobre todo, quedó el encanto y la poesía de la bahía y testimonios como el Paseo de Pereda, el Mercado de la Esperanza, la Biblioteca de Menéndez Pelayo, el Instituto de Enseñanza Media, la cripta de la catedral y El Sardinero, por citar sólo algunos de ellos. Pero se perdieron los edificios de las Atarazanas, de las calles de la Blanca y San Francisco, Calderón de la Barca, Méndez Núñez, etc, y con ellas la iglesia de la Anunciación, el edificio de Hacienda, el palacio del Marqués de Villa Torre y otros muchos. Desaparecieron con aquellos lugares siniestrados las firmas de las casas del viejo comercio: los Almacenes San José en la calle de la Compañía, la casa de los Guantes y camisería de la calle San Francisco y sus competidoras de altas novedades,

como la primitiva de Mafor en esa misma calle, la de Felipe Sesma, en la Blanca 17 y la Librería Nacional y Extranjera en el número 28, el comercio de zapatería de Agilio Ramos, la ferretería de Reigadas en la Ribera, la juguetería de “El paraíso de los niños”, etc. No podemos dar aquí una lista ni siquiera representativa. Fue un comercio que murió o se recuperó malamente de las pérdidas de géneros y productos ocasionadas por aquel desastre que los arruinó de la noche a la mañana. A partir de este momento comenzó el que se llamó “el Santander presentido”. Se creó una Junta de Reconstrucción y nació, previo desescombros de la zona siniestrada, una ciudad renovada con calles importantes, como la Avenida de Calvo Sotelo, la calle de Juan de Herrera, la del Puente, Lealtad y Calderón de la Barca y otras que ahora se conocen bien. Fue entonces cuando Ángel de la Hoz Fernández-Baldor comenzó su tarea de salir de su estudio de la Avenida de Calvo Sotelo para captar imágenes de la ciudad. Ahora eran edificios diferentes con otro comercio en gran parte renovado. Ya en aquel tiempo destacaba como un fotógrafo singular especializado en el retrato, pudiendo con el tiempo demostrar a su amigo Pancho Cossío que no solamente era, como en un principio éste había dicho, un “fotógrafo de señoritas”.

En los años cincuenta, que coinciden con la selección fotográfica que aquí se presenta, es cuando comienza a realizar exposiciones fotográficas y destaca no sólo como un renovador de este arte del retrato, sino que extiende su trabajo a la ilustración en libros y revistas. Es, por tanto, un historiador de la imagen al que tenemos que agradecer que haya conservado toda una época y sus personajes. Ha hecho presente y futuro del pasado, ya que lo que no se conserva desaparece definitivamente de nuestra retina y de nuestra memoria. Hace unos años pude ver en una exposición suya en el Palacete del Puerto una de las mejores muestras de personalidades de su generación con un inventario de escritores, pintores y artistas en general. No estaban todos, lógicamente, pero Ángel de la Hoz tiene en su archivo retratados muchos cuya identidad es necesario conservar. Por ello, debemos destacar la aparición de un libro como éste por lo que significa de recuperación de una época y su ambiente y por lo que tiene de testimonio histórico. Los pies de estas fotografías nos llevan al comentario y nos hacen sonreír y también lamentar lo que destruyó la piqueta y lo que el ropavejero sacó de las buhardillas, pensando que sobre todo reprodujo lo que más le llamó la atención. No se debe tirar nada sin preguntar si alguien lo quiere. Ángel siempre me recuerda el caso que le contaron de una colección importante de negativos de vidrio que fue tirada a la

basura. Mi amiga Nieves Hoyos Sancho solía decir que con cincuenta años cualquier objeto es ya viejo y merecedor de conservarse. Donde no hay que mirar los años es en las personas. Pérez Galdós se quitaba años sin contemplaciones y una escritora de aquí declaraba ocho menos, de una manera escandalosa.

Y ahora me van a permitir que de un paseo por el Santander de mediados del siglo veinte, en compañía de Ángel de la Hoz que nos irá ampliando la información de cada una de las fotografías. Como hizo José María de Pereda en "Pasacalle", en *Tipos y paisajes*, vamos a comenzar por esa visión general de la bahía como puerta a la ilusión y a la aventura. Estos escenarios fueron captados sin un fin premeditado que no fuera su curiosidad o una panorámica de singular belleza. Son rincones recoletos, como él los llama, en donde se advierte la ruina y el renacer de nuevos edificios, pero las imágenes predominantes son las del puerto y la bahía en esos momentos del alba o del atardecer en que con su máquina capta al paseante solitario o a los tripulantes de las diferentes embarcaciones, las faenas de pesca y los motivos portuarios. Y como decorado de fondo, la cadena montañosa que preside Peña Cabarga. Veo entre grúas nuevas y la vieja llamada de piedra el "Monte Amboto", de la Compañía Aznar, que me ha hecho recordar cuando en esos años estu-

vo embarcado de agregado y piloto mi hermano José María, uno de los marinos santanderinos que, con Rafael González Echegaray, Alfredo Liaño, José Antonio Pedraz, Román Castillo Plaza, Gerardo Fernández-Baldor, José Luis Tomé y los Díaz Mier formaba entonces el grupo de los náuticos de su época. Algunas de estas fotografías me presentan un Santander insólito, con la figura de don Marcelino Menéndez Pelayo aterido de frío como una imagen del pasado al que hubiéramos olvidado o del heladero ambulante más interesado en contemplar el mar que buscar parroquianos. Escenas del transcurrir diario hablando de lo mismo que tratamos ahora, del tiempo, de la carestía de la vida, del trabajo y de las cosas que fueron presente y son ahora pasado.

Benito Madariaga. Cronista Oficial de Santander.